

Álvaro Zamora Castro

Reseña de: Gallardo, H. (2015) *América Latina - Producir la Torre de Babel*. San José: Arlekin, (436 páginas)

Algunos libros parecen armarios. Quizá no sea una pretensión consciente, pero desde que el lector los ojea en la librería, reconoce su propósito y sus maderas; también la procedencia y la técnica del ebanista.

He ahí esa obra de Helio Gallardo. Es un trabajo interesante, intrincado, sesudo y muy polémico. Dada su extensión y complejidad, esta reseña da cuenta de los contenidos con una vocación más informativa que crítica, aunque se reconocen y apostillan brevemente, aquí y allá, tópicos álgidos. Entiéndase en ello cierta empatía filosófica y el propósito de invitar a una lectura atenta diligente y justa.

El texto está lleno de “posicionamientos y aproximaciones” (15), críticas directas o veladas, conflictos, nombres, implicaciones y augurios. Su finalidad transversal es la de poner en evidencia algunos “universalismos falsos” (como la *paz perpetua* de Kant, los Derechos Humanos y diversos *humanismos* promocionados cual si fueran naturales, necesarios y obligatorios). Gallardo les opone su versión de una *universalidad humana* que, tras diligente análisis, el lector podría considerar menos probable que apetecible.

Pareciera que Gallardo ha procurado almacenar en este libro pedazos de casi todo lo que él sabe, de lo que piensa, de lo que ha dicho o ha insinuado aquí, allá y acullá. Tantos cajoncillos y escriños dispusieron ahí, que ha conseguido emular la ciudad bíblica donde intentaron construir una infame torre. Consta de dos secciones extensas: “Sobre el ser humano y su conocimiento de sí” y “Sobre los haceres humanos que podrían ser integrados, pero no lo son”.

Por su título, la primera sección evoca dos afanes; uno es de antigua data; el otro es reciente y represivo. Aquel se respuntea a una tradición occidental cultivada desde los sofistas; el otro es más sutil y hasta podría parecer casual, pero,

quien ha escuchado o leído a Helio Gallardo sospechará, desde el primer momento, que hay en tal encabezamiento una curiosa concesión a las defensoras del opresivo, antiestético y penosamente ideológico *lenguaje inclusivo*. No es tema para la perplejidad, pero cuando Gallardo sustituye la acepción más general de término *hombre* (DRAE: del lat. *homo*. 1. M. Ser animado racional, varón o mujer) con el sustantivo “ser” ligado al adjetivo “humano” (DRAE: “perteneciente al hombre”), tuerce la pluma que él mismo utiliza para oponerse a “la autoridad académico-administrativa universitaria” y para eludir cierto “*chantaje cientificista*” (16), que en el libro califica como inapropiado e indecente.

Acaso tal concesión lingüística no sería necesaria, incluso si se piensa en la sexualidad humana como algo más variado y *plurisignificativo* que la noción biológica de *sexo*. Tampoco lo sería si solo se considera el interés de Gallardo en construir un libro-torre que no emule los “discursos disciplinares y burocráticos, como los de las tecnologías-ciencias y las teologías clericalizadas, y de los ideológico-políticos” (19).

A esa observación lógico-lingüística puede agregarse otra sobre el estilo de la obra: abigarrado, muchas oraciones se extienden y complican excesivamente. Tal ejercicio literario opone resistencia innecesaria a muchas personas que, por su sitio en el abanico de la *diversidad* (que tanto interesa al autor) no han tenido acceso a una educación de fuste ni al método de lectura que el mismo Gallardo ofrece en un estupendo manual, publicado en 1982 por la Editorial Nueva Década. A propósito del sentido y usos del lenguaje, conviene llamar la atención de que en *América Latina - Producir la Torre de Babel* el adjetivo “diversos” vampiriza y amplía expresiones como *seres humanos* diferentes; pero lo grave es que además disfraza, en algunos

casos, el hecho de que en América Latina la *diversidad* genera *desigualdades* muy groseras. A semejanza de otras ideas y propuestas del libro, eso merecería alguna disquisición crítica.

Tras la concesión al mal llamado *lenguaje inclusivo* (exigido y practicado por *la autoridad académico-administrativa universitaria* y por grupos muy excluyentes) el lector sabe que el libro engarza –quizá de forma complaciente– unas tendencias y las enhebra entre sí, mientras procura desgarrar todas las otras. Ese procedimiento es más retórico que propiamente crítico; pero es muy efectivo.

Gallardo desea que su libro se inscriba en “el imaginario de la modernidad”; mas no “porque sea verdadero”, sino debido a que –según dice– “algunos de sus ‘aspectos’ son bellos y deseables”; y porque el *ethos* que trasunta “no puede [o no debe] ser eliminado por decreto” (21).

Teóricamente, se parte de una idea que ha ocupado a muchos filósofos contemporáneos: “el conjunto de las producciones sociales [...] determina complejamente subjetividades sociales e individuales en el mismo movimiento que las produce/enfrenta como *Stablishment objetivo*” (29). No obstante, el autor se niega a equiparar su trabajo con la *filosofía* o con la *antropología filosófica*. ¿Ha menguado acaso el valor concedido por él a dicha disciplina en un viejo texto dedicado a la educación diversificada?

Para continuar, más que una tesis, esto se ofrece cual anhelo: “producir una articulación constructiva entre diversos para avanzar hacia una *política y culturalmente única especie humana de distintos*” (33). El autor lo intenta desde *América Latina* y entiende tal propósito como algo “obligatorio en el siglo XXI”. Tras leer el libro, dicha tarea y la nomenclatura usada podrían ser recibidas por el lector cual abstracciones (21), osadías o *ilusiones babélicas*¹.

Después de un “Antecedente analítico mínimo” se sustituye la palabra “capítulo” con el anfibológico vocablo “ingreso”. En la Primera Sección hay tres “ingresos”; en la segunda, cuatro.

La “Primera Sección” ofrece una idea de ser humano en los términos ya indicados, así como varios criterios sobre las asociaciones políticas. Ahí se desarrolla un tópico que ha seducido a escritores tan alejados entre sí como Sartre, Garaudy, Gramsci, Popper, Habermas y Gadamer. Gallardo lo presenta así: “todos los seres humanos hablan, incluso muertos” (55). Luego plantea oposición entre el “enfoque sociológico del Primer Mundo autosatisfecho” (referencia a T. Parsons) y el que le facilita H. Marshall con su noción de *ciudadanía*, la cual –en opinión de Gallardo– debe ser ampliada y vinculada con Marx desde América Latina (57). Tras unas consideraciones sobre los *sujetos colectivos*, aparecen dos digresiones peculiares: “Espiritualidad de los perros” y “La curiosa torre de Babel”.

El segundo ingreso de esa “Primera parte” ofrece textos sugestivos. Uno es filosófico, pese a la resistencia del autor. Se trata de “Una noción amplia y básica de antropología”; el segundo se llama “Una noción más particularizada de antropología”; el lector también puede considerarlo cual legado filosófico, ideología, precisión epistemológica o simple aclaración lógica. Sigue “Cultura y culturas”, un apartado donde –probablemente para originar polémica– Gallardo califica la antropología “como disciplina científica”. Los últimos tres apartados son: “La cultura como aprendizaje”, “Cultura y conflicto”, “Cultura y economía del conocimiento”. Completan el “Segundo ingreso” de la “Primera sección” dos secciones arropadas bajo un título que se repetirá en otras estancias del libro: “Asociaciones políticas”. En esta son: “Kurosawa: mejor hacer que decir” y “Que todo tenga precio”. Resulta notable que, pese a insistir una y otra vez en la necesidad de concebir y hacer el libro desde América Latina, Gallardo invoque aquí la hermosa cinematografía de un japonés y no la de algún trabajador latinoamericano del llamado *séptimo arte*. Luego dispone un *texto imaginario* sobre Michel Camdessus, donde cohabitan una anciana y el Maestro.

El tercer y último “Ingreso” de la “Primera sección” es “Interdisciplinariedad”. Sus partes

son: “Ciencias y disciplina”, “Disciplina filosófica”, “Religiosidad disciplinaria”, “Religiosidad disciplinada”, “Sobre lo religioso”, “Síntesis”, “Ciencias e interdisciplinariedad”. Todas resultan seductoras y merecen un análisis crítico que no puede incluirse en esta reseña.

La primera parte del libro finaliza con un resumen de dos páginas. Alberga dos “observaciones” (142) acertadas, aunque controversiales: 1- “la especie humana *carece de naturaleza* y puede entenderse como un proceso de *autoproducción*”; 2- la “interdisciplinariedad” es una cuestión en proceso que remite a “un conocimiento sobre el mundo”, el cual será fecundo cuando “se haya resuelto la cuestión política y cultural básica”. Gallardo resume tal proceso: avanzar “hacia las formas elementales desde las cuales la autoproducción humana sea una tendencia dominante que lleve a un mundo humano de diversos que no institucionalizan discriminación alguna” (143).

La “Segunda sección” supera en páginas a la primera, pero carece de una conclusión general de la obra y de un “Recuento elemental”, como el tiene la “Primera Sección”. Empieza con cuatro párrafos dedicados al *trabajo*, al que Gallardo considera cual “condición” de la existencia. Parte de un texto didáctico y doctrinalmente polémico sobre ese tópico y sigue con un “*Réquiem* por la clase trabajadora”. Luego, asciende en su Babel con escritos de diverso calibre estilístico y teórico: “El final del empleo”, “En 40 años este capitalismo no existirá”, “Hablando del capitalismo y su superación”, “La administración de los bienes comunes”, “¿Sobra la gente?”, “El trabajo en sentido subjetivo: el hombre, sujeto del trabajo”, “Una amenaza al justo orden de los valores”, “Introducción a las desviaciones de la doctrina católica sobre el trabajo” (con acertadas aunque leves críticas a Juan Pablo II). El último es “Habitar la tierra”; un tono utópico, que no mesiánico, se advierte en su textura.

Tras esas “Asociaciones políticas”, Gallardo se mete en la sexualidad humana (“Segundo ingreso”, “Segunda parte”). Muestra

su plan desde la primera frase: al “igual que el trabajo, la sexualidad no es algo que los seres humanos puedan evitar” (198). Asume –de paso y superficialmente– varias ideas *cliché* como: la sexualidad “debe *aprenderse/ cultivarse*, “constituye un *proceso*”, se ha ligado conceptualmente con la categoría de *libido*”, “sexualidad y libido son también asunto político y de política”, etc.). Después de cinco páginas, teje un “Excursus sobre lo político y la política”; sobre lo primero afirma que es “omnipresente, aunque opaco. Plástico y denso, aunque parezca ausente”; de la política (que distingue de “lo político”) dice que en “las sociedades modernas se constituye [...] mediante la acción de actores que crean escenarios cuyo eje de referencia es el poder del Estado (Batman o Leviatán, como se prefiera)” (203).

Gallardo pasa revista a una declaración de independencia, al feminismo, a la familia, al sexismo androcéntrico, etc. Termina con otra ilusión plausible, pero que difícilmente halla puerto en América Latina y en otros lares. Según él, los “seres humanos” tendrán que buscar “cielo y torre [de Babel] dentro de sí mismos; pues allí es donde radica la energía para reconocerse, integrarse y ofrecerse para crecer con otros” (213).

El apartado siguiente (también llamado “Asociaciones políticas”) es otro variopinto de textos breves: “¿Acaso no soy una mujer?” y algunas alusiones a temas cristianos, como “Pablo de Tarso sale del closet y contesta a la esclava”, “Corintios (Reina Valera)”, “Timoteo (Reina Valera)”, “Jerarquía católica explica la machista salida del closet de Pablo de Tarso” y “La jerarquía católica ‘explica’ por qué las mujeres no pueden administrar sacramentos”. También hay páginas sobre “las armas y el aplastamiento masivo” (227), un viaje a Guadalajara, las políticas públicas, la vulnerabilidad social, las familias.

El “Tercer ingreso” de la “Segunda parte” ofrece reflexiones sugestivas sobre la religiosidad humana. Hay muchas páginas para motivar confrontaciones entre creyentes y no creyentes. Gallardo las cierra con otra declaración ilusionada: “sería oportuno producir

divinidades que *apoderarán a los seres humanos y a sus culturas diversas* para construir la bíblicamente imaginada torre de Babel. Y religiosizarnos, ya que parece inevitable, desde la pareja nosotros, los diversos, y ellas, las eternas” (311).

Tal estrategia y el estilo se mantienen en las siguientes “Asociaciones políticas”. Los textos tienen diverso calibre; hay muchos temas: desde los pecados de una curia en Navidad y “La religión civil en EE. UU”, hasta la “Locuacidad y sinceridad aparentes” del Papa Francisco y “El peligro del amor”. Termina la sección un planteamiento sobre la necesidad de hacer “un esfuerzo colectivo para facultar el conocimiento respetuoso de la diversidad religiosa y de otras opciones espirituales” (357).

El cuarto “Ingreso” apunta su interés hacia “el discurso y la práctica de derechos humanos” (360). Inicia con acertada denuncia: la “casi primera década y media del siglo XXI ha presentado un significativo retroceso en el campo de derechos humanos” (360). Seguidamente, identifica las causas de tal reflujo: “unas cercanas”, como la llamada *Doctrina de Agresión positiva* que se alberga en los planes de Bush para combatir terrorismo. Las *sistémicas* resultan más veladas; por ejemplo: “la incompatibilidad entre [...] la lógica de organización y funcionamiento de las

formaciones sociales [...] y el discurso de los derechos humanos”.

El subtítulo “Asociaciones políticas” vuelve a servir para almacenar los últimos textos del libro. Cuatro son breves y entretenidos, mas no a la manera de Borges, sino emulando una lenidad que profesan algunos comentaristas periodísticos: “Quién dijo ‘libertad’ que arroje la primera piedra”, “Virginidad antropológica o Hollywood en la cátedra”, “Héroes de Ruanda”, “Derechos humanos en la Unión Soviética”. Aparece luego una entrevista con el título “Reacciones al artículo ‘Terror y terrorismo en América Latina’”. Después, el lector topa con la palabra “Catecismo”, que sirve para encabezar las seis líneas con que Gallardo abandona esta Torre de Babel. Hay una pregunta de dos líneas; él le da una respuesta utópica: “La transferencia de poderes puede ser *autotransferencia de poderes*” (433).

Nota

1. Cfr. Fragomeno, De Babelia a la Revolución, *Revista de filosofía de la Universidad de Costa Rica*, 55 (143), 173-174.

Recepción: 08.05.20
Aceptación: 15.09.20